

no poder compartir. Esto es desde nuestro punto de vista de médicos, como asimismo algunas afirmaciones que incurren en el campo de la biología y de la psicología. Pero no olvidemos que el arte y las masas es un libro de combate. Que a la vez es un testimonio elocuentísimo de lo que puede realizar la dialéctica materialista aplicada al arte, a la estética, a la filosofía. No hay en todo el libro una sola contradicción, una grieta por donde se cuele un tropo claudicante; no hay una falla en el maravilloso funcionamiento de sus engranajes intelectuales. Castelnovo ha dicho innumerables cosas nuevas en un sector polémico. Cuando pensamos en esto, comprendemos mejor la grandeza de esta obra. Valorizamos el temple y volumen del intelecto que la creó. Admiramos su fuerza de convicción y de arrastre. Y le agradecemos los múltiples caminos que abrió en nuestro horizonte con generoso empeño de «pioneer» y de señalizador.—  
JUAN MARÍN.



LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD, por *Jules Romains*.

Se me disculpará la insistencia sobre lo que me sucedió con Jules Romains, al cual he tardado tanto en reconocerle el genio literario, pero encuentro la aventura con bastante sentido.

Es, en efecto, una aventura y ofrece más de un punto de analogía—«*honni soit qui mal y pense*»—a lo que puede pasar en el plan sentimental. ¿Un autor que publica una obra dedicada al gran público, no tiene alguna semejanza con una mujer bonita que desea gustar a todos los hombres que encuentra? Con esta diferencia, sin embargo, que el autor puede contentar a tantos amores como inspire y que su suerte corre con sus éxitos. Pero las mujeres no son admiradas por todos los hombres. Ahora, se entiende, que ellas deberían gustar a todos, sobre todo si

su regla de seducirlos las conduce a reservarles el mismo tratamiento y a no señalar preferencia por ninguno. Y examinando los móviles de los hombres que resisten al encanto de las bellas, se descubriría seguramente, que estos refractarios obedecen, más o menos conscientemente, a sólidos gendarmes que se llaman disciplina, falta de confianza, timidez, prudencia y algunas veces amor.

Transportad la situación al plan literario. Transformad la mujer bella en un gran novelista y obtendréis el mismo resultado. Teóricamente, en el momento en que surge, el gran novelista debería recoger los sufragios de todos los lectores. ¿Cómo un hombre de buena fe, sensible a la calidad, podría no aplaudir con entusiasmo su llegada? Sin embargo, los ejemplos de ignorancia, desdeñosa, de condenaciones hechas antes de tiempo, incomprendimientos obstinados, abundan en la historia literaria. Por mi parte, me he rehusado durante diez años a reconocer en Jules Romains al hombre de primer orden. Y, sin otras razones, sino una irritación secreta, provocada por su modo de escribir, de presentar su filosofía, sus personajes y sus motivos. Reacción superficial, pero más fuerte que un juicio y bastante comparable, para seguir nuestra imagen a la actitud del señor que no quiere ser amable con la dama:

—¡Es tal vez bonita, pero no me dice nada!

Hoy que me siento libre de ese «partipris» y que las verdaderas dimensiones de la obra de Jules Romains se me presentan, pienso que mis resistencias eran de orden pasional. Debían inevitablemente un día u otro, por su misma violencia advertirme de la gravedad de mi error. Se huye muchas veces del objeto que se debe amar y se corre el peligro de pasarse al otro lado, cuanto más ciego se ha estado.

Dejo el juego de mi comparación que podría haceros dudar de mi sinceridad, pero quiero decir todavía, que temiendo precisamente dejarme llevar por mi entusiasmo a propósito de «Montée de Périls» y «Les Pouvoirs» compensador de mi hosti-

lidad pasada, he saboreado los dos nuevos «Hommes de Bonne Volonté», «Recours a l'Abeme» y «Les Createurs» para controlar la rectitud de mi pensamiento, a fin de asegurarme que no caía de un exceso a otro.

Estoy completamente tranquilo. Mi extraña aventura (nunca desde que leo novelas, un autor contemporáneo, se había instalado dentro de mí y a pesar mío, me había hecho pensar en él) por el modo, natural en que esto se produce, esta es la prueba de lo que hoy pienso de «Hombres de buena voluntad». Pues ha sido esta obra la que me ha iluminado, vencido, ganado.

Hay que agregar que Jules Romains desde hace dos años se ha superado. Parecería que otro escritor ligero, desprovisto, maravillosamente sereno haya salido de golpe del autor de la «Vida unánime» y de «Payché». Ha alcanzado una extraordinaria maestría, lo más naturalmente del mundo. Todo lo que podía incomodar en él y crear un malentendido se ha disipado. Con «Hombres de buena voluntad», ha inventado la única forma de arte que le conviene y de la que tenía necesidad para expresarse completamente y materializar todas sus aspiraciones.

Después de esto que digo puedo asegurar que «Los Hombres de buena voluntad», cuyos doce volúmenes revelan el plan de conjunto, de algo muy considerable y absolutamente nuevo, en la concepción como en la realización, no os sorprenderá mucho. Y es, sin embargo, sorprendente. No creo que se pueda encontrar el equivalente de una tentativa, tan precisa en su amplitud en ninguna literatura, y no creo que sea posible que se pueda hacer nunca más una obra semejante. Jules Romains tiene la suerte de haber descubierto y conquistado en la vieja tierra de la novela, un dominio inmenso y virgen, cuya propiedad no puede ser discutida por nadie, y cuya situación y perspectivas darán al edificio construido por él un aplomo excepcional.

Nos presenta un joven sabio, el doctor Viaur, que auscultando a un mozo de un gran hotel, descubre que es susceptible de modificar a voluntad el ritmo de la circulación cardíaca, de

hacer más lentas las palpitations de su corazón. Viaur, prudente, no quiere ver en el hecho, sino una cosa «rara de la naturaleza», un fenómeno «puramente nervioso». Pero las experiencias a que lo lleva su curiosidad científica y las deducciones que implican, le obligan a admitir que se encuentra ante un nuevo problema a resolver. Y bien, esta sensación, que turba naturalmente el curso habitual de los pensamientos del médico, esta sorpresa fecunda el lector la encuentra y la recibe al contacto de «Los Hombres de buena voluntad». Allí también la naturaleza nos revela que no hemos acabado de aprender y de admirarnos.

¿A dónde llevar esa enciclopedia de costumbres, esa historia científica y de romance de la ante guerra, donde la imaginación ocupa el mismo sitio que el saber, donde el arte sabe conservar una imagen agradable en los capítulos más severos?

No sé cuántos volúmenes más se propone escribir Romaines todavía para concluir su obra. ¿Puedo confiaros que ahora desco que continúe y que más bien temo la acabe demasiado pronto? ¿Pero después de todo por qué la acabaría?—ANDRE HAUG.



NOTAS BIBLIOGRAFICAS: PARALELO 53 SUR, por *Juan Marín*. (Nascimento, 1936).

He aquí un libro del que puede decirse con toda honradez, sin recurrir a hipérboles, que es un valioso aporte para la literatura chilena y del continente. En Paralelo 53 Sur, Juan Marín sitúa sus personajes en la lejana Patagonia chilena, tierra áspera y bravía, donde el hombre lucha y sufre frente a la naturaleza hostil en medio del paisaje «blanco y azul».

El autor, dueño de una personalidad inquieta y de un espíritu gitano, escribió su obra adentrándose, palpando y vinculándose a la propia vida magallánica. Así ha podido brindarnos un libro de una amplia y profunda calidad humana, en un estilo